

GOYA EN SAN PETERSBURGO

Un feliz redescubrimiento. El Ermitage de San Petersburgo acaba de sacar a la luz una colección de dibujos de Goya, que ha tenido ocultos durante décadas en sus almacenes, y que nos revelan la maestría artística del pintor de Fuendetodos

El Ermitage redescubre una gran colección de dibujos

Las 35 piezas que expone la pinacoteca pertenecieron al pintor zaragozano Bernardino Montañés



Un aspecto de la exposición y retrato del pintor Bernardino Montañés



Un visitante de la muestra admira el dibujo «Miran todo lo que no ven»

RICARDO CENTELLAS Zaragoza
El pasado 3 de diciembre inauguraba el Museo de la Ermita o Ermitage de San Petersburgo una muestra de dibujos secuestrados por más de medio siglo en los sótanos de esta famosa pinacoteca.

La exposición «Obras maestras del dibujo europeo. Tesoros de colecciones alemanas de la preguerra» redescubre, entre otras maravillas, una colección de treinta y cinco dibujos de Goya provenientes del saqueo que las tropas soviéticas perpetraron en la residencia berlinesa del empresario alemán Otto Gerstenberg, financiero propietario de la compañía de seguros Victoria.

Esta serie goyesca, conocida y publicada en diversos inventarios, entre los que destacan los del hispanista Pierre Gassier, había sido dada de baja del conjunto de obras «vivas» del de Fuendetodos. Todos ellos pertenecieron al pintor zaragozano Bernardino Montañés, gran coleccionista y amigo de todos los grandes románticos de su época. Desde hoy, estos treinta y tantos goyas se vienen a sumar al casi millar de dibujos catalogados del autor de las «Pin-turas negras».

Un coleccionista

Todos estos dibujos, antes de llegar a manos de Gerstenberg, habían sido vendidos en España, procedentes de la testamentaria del gran historiador del arte y director del Museo del Prado Aureliano de Beruete y Moret (1876-1922), hijo del paisajista homónimo y casado con una hija del también pintor Darío de Regoyos. Beruete fue, en su época, uno de los grandes especialistas internacionales en Goya, aunque la muerte le llegó repentinamente en plena madurez. Publicó una serie de estudios velazqueños, cuyas salas en el Prado reformó, y sobre todo una trilogía inestimable aún hoy en día: «Goya, pintor de retratos», «Goya, composiciones y figuras» y «Goya grabador (Madrid, 1917-1918), en los que revisaba críticamente toda la producción del aragonés.

Con motivo del centenario de la muerte de don Francisco en 1928, otro director del Prado, el gran erudito Francisco Javier Sánchez Cantón, organizó con gran tino una síntesis biográfica realizada a partir de todos los estudios de Moret. Don Laureano poseyó una gran colección artística, entre la que destacaban las obras (algunas sólo presuntas) de Goya: pinturas (dos retratos, de la reina María Luisa y de la marquesa de Casa Flores, y dos bocetos), grabados y dibujos. Entre estos últimos figura integra la colección de nuestro Bernardino Montañés Pérez, adquirida en su testamentaria zaragozana tras su muerte, acaecida el 6 de enero de 1893.

Un pintor zaragozano

¿Quién fue este artista aragonés, en su tiempo uno de los más laureados e importantes, y hoy casi olvidado? Nació en Zaragoza el 20 de mayo de 1825, a un paso de la casa de Goya, en la calle de la Morería Cerrada, duodécimo hijo de un sastre huérfano hijo de un héroe de los Sitios de Zaragoza.

Formado en la Real Academia de Bellas Artes de San Luis, en la que andando el tiempo alcanzaría primero el grado de académico de número y después el de director, tuvo por principal maestro al escultor Tomás Llovet. A los nueve años pintó su primer cuadro, regalo para la iglesia de Santa Isabel (más conocida como de San Cayetano), propiedad de la Diputación de Zaragoza, en recuerdo del patrocinio que ejerció esta institución en la orfandad de

su padre; dada esta precocidad y sus buenas dotes, un burgués zaragozano, Santos Sanz, pagó la ampliación de sus estudios en la Escuela de Pintura, Escultura y Grabado de la Academia de San Fernando de la Villa y Corte. Allí trabó contacto con un artista tra-

centenal en su biografía, Federico de Madrazo. A pesar de la diferencia de edad y nivel social de ambos, la amistad fue entrañable y para toda la vida.

Labor docente

Las vicisitudes de la guerra ci-

vil carlista debieron afectar a la economía de su mecenas y tuvo que buscarse la vida por libre. Aprobó en 1848 las primeras oposiciones libres en mucho tiempo para becario de la Academia Española en Roma.

En la Ciudad Eterna permane-

ció desde 1848 a 1852. Allí fue compañero de otro Madrazo, Luis, de Ignacio Palmerola, Francisco Lameyer o el gran arquitecto madrileño Francisco Jareño (autor del Palacio de Museos—hoy Biblioteca y Museo Arqueológico Nacionales—o de importantes re-

formas en el Prado).

Recorrió toda Italia y Europa estudiando su arte y monumentos, dejando cientos de dibujos, y acuarelas en sus carteras. De regreso a Madrid fue profesor en la Academia de Colón de Antigua y Ropajes, y por su zula pasó entre todos los grandes de la pintura del ochocientos español, desde Eduardo Rosales hasta Casado del Alisal o Antonio Gisbert, pasando por su paisano Marcelino de Uncega.

Sin embargo, su personalidad entrañable y familiar le hizo dejar en cuanto pudo la Corte para regresar a su querida Zaragoza, tal como se desprende de la correspondencia conservada y de otros testimonios. En Zaragoza fue director de la Escuela de Artes y tuvo numerosos cargos. Fue vocal de la Comisión Provincial de Monumentos Artísticos. Retrató a toda la burguesía y la aristocracia locales de la Restauración, recibió encargos tan significativos y emblemáticos como la pintura de la cúpula mayor de la basílica del Pilar, recién inaugurada, primer encargo pictórico de fuste en el templo desde los tiempos de los Bayeu y Goya.

Este artista fue de ideas—tanto en lo político como en lo artístico—conservadoras, que entroncan con un romanticismo español de estirpe tradicionalista, católica, más en la línea de Chateaubriand que de Baudelaire.

Amigo de los Madrazo

Montañés tuvo gran afición por coleccionar obras y objetos artísticos antiguos, y entre ellos destacó el capítulo de sus goyas, don de junto a cierto número de obra gráfica (las ediciones estampadas por la Calografía Nacional por encargo de la Academia de San Fernando) estuvieron los dibujos «descubiertos» en el Ermitage. Agradezco al licenciado José Antonio Hernández Latas la noticia de estas colecciones goyescas, sobre las que muy pronto publicará un importante estudio, dentro de su gran monografía sobre Bernardino Montañés.

Los dibujos procedían de la colección de su gran amigo el pintor Federico de Madrazo, quien compró una parte sustanciosa de los dibujos conservados por Francisco de Goya y que fueron vendiendo primero su hijo Javier Goya y luego su nieto Mariano. A estas mismas fuentes acudieron el también aragonés y amigo íntimo de Montañés y de los Madrazo, Valentín Cardenera, que se llevó la mayor cantidad, y el con-seguero de Madrazo, Román Garreta.

Sucesivas compras

Las vicisitudes de toda esta obra han sido muchísimas, algunas de ellas peregrinas. El grueso de las compras de Garreta pasó en 1866 al antiguo Museo de la Trinidad de Madrid (y tras su clausura al del Prado, del que era director Madrazo), de lo que fue impulsor su exsubdirector, el demócrata liberal Gregorio Cruzada Villamil, tipo genial y romántico entre cuyas acciones goyescas hay que agradecerle el descubrimiento en las bahutillas del Palacio Real de Madrid tras la Gloriosa de los cartones para tapices rollados pintados el siglo anterior por Goya y cuya publicación realizó en 1870. Otra parte de la colección de Garreta por herencia familiar irá a parar a Mariano Fortuny, a Venecia, lo que dará lugar a un álbum facio (Album Fortuny), hoy en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York. Las cosas de Cardenera fueron fundamentalmente al Museo del Prado, por venta de su sobrino Mariano Cardenera Potó, y a la Biblioteca Nacional.